





**HISTORIAS  
DE LO  
SOBRENATURAL**





*Vivianne Perret*

---

**HISTORIAS  
DE LO  
SOBRENATURAL**

 *Editorial El Ateneo*

Perret, Vivianne

Historias de lo sobrenatural. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.  
288 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0797-3

1. Historia Universal. I. Kot, Silvia, trad. II. Título  
CDD 909

*Historias de lo sobrenatural*

Vivianne Perret

Título original: *ESPRIT ES-TU LÀ? Histoires du surnaturel, de l'Antiquité à nos jours*

© Editions Vuibert, 2013

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Diseño de interiores: María Isabel Barutti

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: [editorial@elateneo.com](mailto:editorial@elateneo.com)

1ª edición: julio de 2014

ISBN 978-950-02-0797-3

Impreso en EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en julio de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

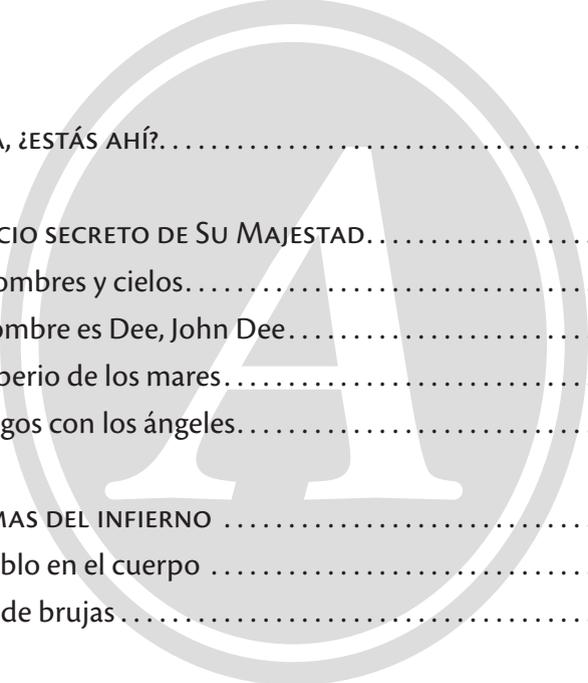
“La verdad es más extraña que la ficción, pero es porque la ficción está obligada a atenerse a las posibilidades. La verdad, no”.

MARK TWAIN

“Pudd’nhead Wilson’s New Calendar”,  
en *Following the Equator* (1897)



## ÍNDICE



HISTORIA, ¿ESTÁS AHÍ? .....	11
AL SERVICIO SECRETO DE SU MAJESTAD .....	17
De hombres y cielos .....	19
Su nombre es Dee, John Dee .....	31
El imperio de los mares .....	43
Diálogos con los ángeles .....	49
LAS LLAMAS DEL INFIERNO .....	57
El diablo en el cuerpo .....	59
Caza de brujas .....	75
MAM'ZELLE MARIE Y LI GRAND ZOMBI .....	93
Una legendaria sacerdotisa vudú .....	95
El reinado de Marie Laveau .....	107
LA MALDICIÓN DE LAS MOMIAS .....	121
La tumba .....	123
La momia maldita del <i>Titanic</i> .....	131

La muerte vendrá sobre alas ligeras .....	137
El regreso de las momias.....	151
<b>ESPÍRITU, ¿ESTÁS AHÍ?</b> .....	157
Voces de ultratumba.....	159
El telégrafo espiritista .....	173
Los espíritus viajan a Europa .....	183
<b>ELEMENTAL, QUERIDO WATSON</b> .....	191
Las aventuras de Conan Doyle .....	193
¿Cree usted en las hadas?.....	201
Mi mejor enemigo .....	213
<b>EL RASPUTÍN LIONÉS</b> .....	227
Las princesas negras.....	229
El precursor de Rasputín .....	243
<b>LA PUERTA DE LAS ESTRELLAS</b> .....	253
El secreto del <i>Nautilus</i> .....	255
El gobierno invisible.....	267
“Star Gate”, la puerta de las estrellas.....	277
<b>AGRADECIMIENTOS</b> .....	287

## HISTORIA, ¿ESTÁS AHÍ?

Entonces, ¿qué piensa usted de esto? ¿Cree o no cree?

Al abordar el tema de lo sobrenatural, es difícil escapar a esta pregunta, porque a priori se descarta la neutralidad y se supone que hay que tomar partido: ser defensor del racionalismo o partidario de lo oculto. Así, la historia debe abrirse paso entre esos dos hermanos enemigos que difícilmente se conforman con un enunciado de los hechos sin agregarle de inmediato una toma de posición sobre el tema. Sin embargo, sería una pena privarse de la mirada de un historiador sobre lo sobrenatural, porque sus variantes reflejan las corrientes de pensamiento en el transcurso de los siglos y sus influencias en el seno de la sociedad. Habría que ponerse de acuerdo también sobre todo lo que se incluye en la nebulosa que lleva la etiqueta “sobrenatural”. El saber de hoy puede convertirse en el cuento de hadas del futuro y, en forma inversa, el mito más absurdo puede llegar a ser un elemento muy sólido de la ciencia, como dijo el filósofo de las ciencias Paul Feyerabend en su libro *Contra el método*. Una manifestación se considera extraordinaria cuando parece violar una teoría, sostenía el sociólogo Marcello Truzzi. Pero

las teorías cambian. Si el nuevo marco conceptual se muestra más hospitalario, el carácter extraordinario de la manifestación cesa. En consecuencia, debemos sumergirnos en las historias de lo sobrenatural superponiendo, al filtro de nuestras propias creencias actuales, las diversificadas y cambiantes creencias de las épocas anteriores, para poder captar su espíritu.

Sin embargo, existen algunas actitudes hacia lo sobrenatural que no cambian; entre ellas, la utilización de lo oculto para enriquecerse a expensas de los demás o para manejar el propio destino anticipándose al futuro. Lo que cambió es la forma en que se lo ha abordado con el correr del tiempo y según los lugares.

El poder, por ejemplo, siempre le ha prestado un oído atento a la adivinación. Cuando en 1990, Donald Regan, el jefe de Gabinete del presidente estadounidense Ronald Reagan, reveló que casi todas las decisiones importantes que se tomaron durante su administración fueron sometidas a la aprobación de una astróloga, se produjo una reacción general de profunda consternación al saber que el país estaba gobernado según la alineación de los planetas. Entre 1990 y 1995, el presidente francés François Mitterrand también consultaba a una astróloga, Élisabeth Teissier: la interrogaba habitualmente sobre los asuntos de Francia y sobre temas de orden privado. Ella lo divulgó en un libro publicado en 1997, un año después del fallecimiento de Mitterrand, y difundió como prueba extractos de las consultas, que había grabado. Pasado el estupor de la revelación de un secreto muy bien guardado por los interesados, el entorno del difunto presidente resolvió tratar el tema con ligereza. Por otra parte, adivinar o pronosticar en

forma profesional era penalmente punible bajo el mandato de Mitterrand. El artículo pertinente del Código Penal fue abolido antes de su muerte, en 1994.

En la Antigüedad, en cambio, la adivinación desempeñaba un papel oficial en la política y en los asuntos militares. Alejandro Magno, rey de Macedonia desde 336 a. C., consultaba a su adivino Aristandro de Telmeso para todo y confiaba en sus interpretaciones para elaborar su estrategia militar. Eso ocurrió con el sitio de Tiro, cuando el rey se despertó por el golpe de un guijarro que acababa de soltar un pájaro. Le pidió a su adivino que le explicara un sueño en el que se le había aparecido Heracles, famoso en la mitología griega por sus doce hazañas e hijo del dios Zeus. Aristandro de Telmeso interpretó que la lucha para apoderarse de la ciudad sería hercúlea y que Alejandro corría un gran peligro. Cuando algunos soldados fueron a decirle que habían visto salir sangre de su pan, el adivino declaró que el presagio era correcto, ya que la sangre fluía desde la miga, *en el interior*, y no sobre la corteza, *en el exterior*, y eso anunciaba que la sangre correría adentro, entre los sitiados, que sucumbirían bajo el ataque de los sitiadores. Pero el adivino sufrió una confusión en sus predicciones: al profetizar que la caída de Tiro se produciría en el transcurso de ese mes, olvidó que este terminaba al día siguiente. Alejandro lo sacó amablemente del apuro decretando que ese mes tendría dos días más y se esforzó en lograr la victoria en ese breve plazo. Según el historiador Plutarco, el rey era de una superstición enfermiza, que se agravó con el correr del tiempo.

Pero aunque haya sido crédulo, Alejandro también usó la adivinación, como otros dirigentes, para servir a sus propias

ambiciones: solía ordenarle a su adivino que modificara sus predicciones cuando contrariaban sus proyectos. En efecto, lo oculto es, desde hace mucho tiempo, un apoyo soñado para satisfacer nuestros deseos mediante la manipulación y el fraude. La Iglesia lo comprendió cuando desvió hábilmente la tradición de la sibila de la Roma antigua en su propio beneficio para integrarla a las profecías judeocristianas.

En esa ciudad de origen divino, las prácticas religiosas eran indisociables de los acontecimientos públicos, militares y privados. Como las predicciones de los dioses resultaban a veces difíciles de entender, Roma recurría al servicio de expertos para su interpretación: los augures descifraban las señales celestes observando el vuelo de los pájaros y el apetito de los pollos sagrados; los arúspices, de un renombre inferior, estudiaban las vísceras de sus víctimas, y el colegio de intérpretes consultaba los Libros Sibilinos para descubrir en ellos, en casos de crisis graves, indicios que pudieran proteger a Roma. Sibila era, en realidad, un nombre genérico dado a diversas profetisas reales o imaginarias que registró Varrón, escritor y sabio romano del siglo I antes de nuestra era. Él enumeró diez; entre ellas, la sibila de Cumas. Esta habría querido venderle a Tarquino el Soberbio libros de oráculos por una suma de dinero que había fijado previamente. Frente a la negativa del rey de Roma, la anciana habría quemado una parte de su mercancía y luego le ofreció el resto sin modificar el precio. Ante la segunda negativa de Tarquino el Soberbio, siguió destruyendo los libros. Entonces, el rey comprendió su error y compró los que se habían salvado del fuego por la suma que la sibila le había pedido al principio. Pero independientemente de

la leyenda sobre la manera en que fueron adquiridos, los Libros Sibilinos existieron. Fueron conservados en el Templo de Júpiter del Capitolio, bajo el cuidado de un colegio sacerdotal formado por una cantidad de sacerdotes que al final de la República llegaba a dieciséis. Esos textos fueron destruidos en el incendio que arrasó el Capitolio en el año 83 a. C. Eran tan importantes que, según Tácito, Roma envió embajadores “a Samos, a Eritrea, a través de toda África, a Sicilia y las colonias itálicas” para reconstruirlos. Conservados en el Templo de Apolo, los nuevos Libros Sibilinos fueron destruidos entre 404 y 408 de nuestra era con la conversión definitiva del Imperio romano al cristianismo.

En el siglo II a. C., algunos autores judíos helenizados compusieron falsos oráculos sibilinos en los que condenaban la idolatría y el politeísmo, y se quejaban de las represiones que sufrían. Los cristianos también tomaron esa idea e hicieron circular colecciones de oráculos sibilinos hasta el siglo V d. C., añadiendo profecías; entre ellas, la de la venida de Cristo, con tonos apocalípticos. Los Padres de la Iglesia no dudaban de la autenticidad de los oráculos y habitualmente hacían referencias a ellos: la influencia de esos escritos se extendió desde la Edad Media hasta el período moderno.

Entre los escépticos que, como Voltaire, decían en forma burlona que el charlatanismo nació el día en que el primer pícaro encontró al primer imbécil, y los convencidos que, como el ocultista Paul Sedir, pretendían que esas cosas pudieran considerarse al menos posibles, tomaremos el camino de quienes sienten curiosidad por las historias de lo sobrenatural.



***Al servicio secreto  
de Su Majestad***





## DE HOMBRES Y CIELOS

Los hombres del Renacimiento estaban ávidos de conocimientos. Ese período histórico fundamental en el desarrollo de la civilización occidental comenzó, según las convenciones académicas, en 1453, con la toma de Constantinopla, y terminó en 1610, con el asesinato del rey Enrique IV de Francia. Fueron casi dos siglos marcados por el regreso a las fuentes de la Antigüedad, por importantes descubrimientos científicos y técnicos, por la conquista de nuevos mundos, por la lectura filológica de la Biblia y la aparición de la imprenta, revolucionario medio de difusión de la información. Todos esos sucesos provocaron un replanteo del papel del hombre y del lugar de la humanidad en la naturaleza. Para desarrollarse bajo la bóveda celeste, cuyos confines se extendían sin cesar, los hombres del Renacimiento leían con atención el libro de los signos que representaba la naturaleza, y concibieron un sistema de correspondencias entre el cosmos y la Tierra. Ese mundo en plena transformación correspondió a la edad de oro de la astrología. Se instaló entre los poderosos que le abrieron de par en par las puertas de sus palacios, a pesar de la posición ambigua que ocupaba en el seno de la cristiandad.

La astrología había sufrido los embates de la Iglesia a partir de 447 y fue condenada junto con la adivinación en el Concilio de Toledo. El determinismo astral que no le dejaba escapatoria al destino humano se contraponía a la doctrina cristiana del libre albedrío individual y la divina providencia. El *mathematicus*, como se designaba también al astrólogo, era objeto de anatema. Aunque el poder temporal eludió a menudo la interdicción religiosa, los astrólogos tomaron el camino del exilio y se refugiaron en especial en Oriente Medio, donde la astronomía y la astrología eran consideradas las dos caras de una misma disciplina. Los textos provenientes de sus trabajos, comentados, mejorados y traducidos al latín, fueron introducidos en Occidente a principios del siglo XII. Europa redescubrió también el *Tetrabiblos* de Claudio Ptolomeo, escrito en el siglo II, del que derivan, por otra parte, los principios de la astrología actual. En su tratado, el astrónomo griego vinculaba la astrología natural, es decir, el estudio del movimiento de los astros y de sus acciones sobre el planeta, con la astrología judiciaria, que trataba su influencia sobre las actividades y el destino de los hombres.

El enriquecimiento de los conocimientos transmitidos por los textos traducidos del árabe y del griego favoreció una recuperación del interés por el determinismo astral, que terminó por aplicarse a todas las situaciones. El estudio de las *revoluciones de los años*, por ejemplo, permitía prever los grandes acontecimientos concernientes a las naciones, la paz y las guerras, las hambrunas y las epidemias. Las previsiones llamadas *elecciones* servían para la buena marcha de las empresas, pero también

le indicaban al médico los días favorables para las prácticas de curación, como la sangría. La *interrogación*, también llamada astrología horaria, le proporcionaba al consultante respuestas a preguntas concretas de orden privado, desde cómo encontrar ganado robado hasta la conveniencia de realizar un viaje. La publicación de tablas astronómicas (como las de Toledo de 1080, y luego, en el siglo XIII, las “alfonsíes”, en referencia al rey Alfonso X de Castilla, que ordenó su elaboración) permitió afinar el arte de las predicciones de la astrología *natal* o *genetliaca*, que determinaban el destino del individuo. Sin embargo, la confiabilidad de los cálculos astronómicos establecidos en función del lugar y la hora de nacimiento solo concernía a una elite, real o aristocrática, la única que podía dar precisiones sobre esos datos.

Frente al nuevo entusiasmo en los ámbitos científicos por una disciplina a la que antes había combatido con energía, y aunque sin modificar su doctrina oficial, la Iglesia flexibilizó su posición por medio de algunos de sus teólogos. El más famoso de ellos, Tomás de Aquino, exoneró al astrólogo de sus pecados, en la década de 1270, siempre que cumpliera las reglas de su disciplina. Esto significaba limitarse a

consultar los astros para pronosticar algunos acontecimientos naturales como la lluvia o la sequía, la salud o la enfermedad, la abundancia o la fertilidad de la tierra y otros efectos de causas naturales. [...] Pero de ninguna manera hay que creer que la libertad del hombre está sometida a la influencia de los astros, porque entonces ya no existiría

el libre albedrío, sin el cual los hombres no harían ninguna acción de virtud digna de recompensa, ni mala acción que mereciera ser castigada.

*De iudiciis astrorum*

Su contemporáneo, el franciscano inglés Roger Bacon, fue aún más lejos en la aceptación de la astrología. En sus obras destinadas al papa Clemente V, osó referirse a la supuesta influencia de una conjunción planetaria particular en el nacimiento de Cristo y el advenimiento del cristianismo. Esa idea rozaba la herejía y le valió la cárcel y una condena severa.

De modo que los astrólogos estaban advertidos: para tener derecho de ciudadanía en la Europa del final de la Edad Media, debían mantener el frágil equilibrio que los limitaba a la predicción general, sin caer en la adivinación. La medicina y la astrología se llevaban muy bien, ya que, como sostenía Tomás de Aquino, no había pecado en consultar los astros para afinar un diagnóstico médico. En Italia, la astronomía y la astrología cohabitaban en perfecta armonía en las universidades, hasta el punto de que, en 1334, se creó en Bolonia una materia de astrología. Diez años más tarde, le ofrecieron la cátedra a Tomasso di Benvenuto da Pizzano, que enseñó allí hasta 1357 y luego prosiguió su carrera de médico astrólogo en Venecia. Su fama trascendió las fronteras de la península y llegó a oídos del rey de Francia, Carlos V, y del rey de Hungría. Ambos lo invitaron a sus cortes. Tomasso da Pizzano optó por Carlos V. No deseaba quedarse en Francia más de un año, pero el rey, un apasionado de la astronomía y la astrología, lo convenció de que hiciera viajar

a su esposa y a su hija de cinco años, y le ofreció pagarle de su bolsillo una estadía confortable para toda la familia. A pesar de la oposición de Nicolás Oresme, gran teólogo y obispo de Lisieux, y de Philippe de Mézières, consejero del rey, que criticaban la afición de Carlos V por las ciencias ocultas, la astrología judicial volvió a invadir los palacios de los que había sido expulsada.

La muerte de Carlos V, en 1380, puso fin momentáneamente a esa penetración. La generosidad real cesó bruscamente y Tomasso da Pizzano murió algunos años más tarde en la estrechez económica. Su hija, cuyo nombre se afrancesó como Christine de Pisan, enviudó poco después y quedó a cargo de sus tres hijos y su anciana madre. Su decisión de ganarse la vida como escritora la convirtió en la primera mujer de letras profesional de lengua francesa. En sus escritos, recordó su vida en la corte de Carlos V y le rindió homenaje a su padre, afirmando que este había podido predecir la fecha exacta de su muerte.

Pronto, el nuevo soberano, Carlos VI, fue víctima de la locura, que se intentó curar por todos los medios, incluso mágicos. El fracaso de esas prácticas hizo que se descartara momentáneamente la astrología judicial y se iniciara una caza de brujas. En 1451, bajo el reinado de Carlos VII, el pequeño rey de Bourges empujado al trono por Juana de Arco, en los comienzos del Renacimiento, se creó en Francia el cargo de astrólogo. Su hijo, Luis XI, consideró que dos predicciones eran mejor que una y duplicó la función. Los emolumentos nunca fueron extraordinarios: equivalían al del barbero de la corte. Pero el paso había sido dado y el recurso de la astrología fue oficialmente admitido entre los atributos necesarios para el arte de gobernar. La astrología

no abandonó legalmente las esferas del poder en Francia hasta el siglo xvii, bajo el reinado de Luis XIV, cuando se eliminó el cargo de astrólogo de la corte y su enseñanza en la universidad.

En forma paralela al vínculo que se estableció entre el poder y la astrología, en 1450 la revolución en la reproducción de los textos con la técnica de impresión creada por Gutenberg popularizó los pronósticos a través de la difusión de los almanques. Estos pequeños libros, con informaciones destinadas a “la clase más modesta y que lee poco” (como los definió en 1794 el almanaque suizo *Le Messenger boiteux*), tuvieron un éxito inmediato. De manera general, divulgaban y explicaban el calendario litúrgico, indicaban las observaciones astrológicas para cada mes, así como el curso del Sol y la Luna (un conocimiento indispensable para la astrología médica), relataban los acontecimientos europeos e informaban sobre las próximas ferias. Cada almanaque tenía sus particularidades, para diferenciarse de los demás y conservar sus propios lectores.

Para los astrólogos, los almanques constituían una fuente de ingresos muy lucrativa. Sin embargo, al abandonar la esfera restringida de la corte para convertirse en un personaje público, el astrólogo se exponía a la crítica satírica, no tan dura como las protestas de los teólogos, pero también centrada en la pertinencia de las predicciones. Las parodias empezaron a florecer, y la más desopilante fue, sin duda, la que escribió François Rabelais en 1532 en el almanaque titulado “Pronóstico pantagrueliano para el año 1533”. Como él mismo era médico y autor de presagios astrológicos médicos, se burló de sus colegas prediciendo que “este año, los ciegos verán muy poco, los sordos oirán bastante

mal, los mudos casi no hablarán, los ricos se sentirán un poco mejor que los pobres, y los sanos, mejor que los enfermos. [...] La vejez será incurable este año a causa de los años pasados”.

El autor de *Gargantúa y Pantagruel* había estudiado en la Facultad de Medicina de Montpellier en la misma época que otro personaje que publicó, a partir de 1550, almanaques muy populares: Michel de Nostredame, más conocido hoy con el nombre de Nostradamus.

Es difícil no hablar, aunque sea brevemente, de un hombre cuya notoriedad, enorme cuando vivía, perduró durante cinco siglos.

Michel de Nostredame, nacido en 1503, pasó los primeros quince años de su vida en Saint-Rémy-de-Provence, en el sur de Francia. Se sabe poco de la infancia de este hijo de un notario y comerciante de forraje y cereales. El patronímico provenía de la conversión al catolicismo del abuelo paterno de Michel, un comerciante judío de Aviñón, que adoptó un apellido relacionado con la figura mariana de la nueva fe adoptada.

Después de realizar sus estudios secundarios en Aviñón y los de medicina en Montpellier, Michel de Nostredame ejerció su profesión en distintos lugares. En 1533, fue a Agen. Allí contrajo matrimonio y fue interrogado por la Inquisición por su vinculación con el médico Giulio Cesare Scaligero, cuya inclinación por las ideas protestantes molestaba a la Iglesia. Michel de Nostredame volvió a los caminos hacia 1538, tras el fallecimiento de su esposa y sus dos hijos: sorprendentemente, nunca habló de ellos ni de las causas de su muerte. Fue médico, y hasta boticario itinerante, hasta 1544, y logró

hacerse un nombre en la profesión, ya que fue convocado a Aix-en-Provence para combatir el terrible flagelo que se abatió sobre la región: la peste. El artículo de la futura *Encyclopédie*, fechado en 1765, que definía la enfermedad, la calificaba así: “De todos los males, el más cruel, mil veces más funesto que la guerra, hace perecer más gente que la espada y el fuego”. Su origen y su modo de propagación eran totalmente desconocidos y, en una época en que la astrología estaba estrechamente relacionada con la medicina, le atribuían, entre otras causas, una mala conjunción planetaria que corrompía el aire.

Un documento contable de la época atestigua la presencia en la ciudad de Michel de Nostredame como médico en junio de 1546, donde experimentó con un remedio de su invención sobre la base de serrín, lirio de Florencia, clavo de olor, caña aromática y aloe, todo reducido a polvo y mezclado con rosas rojas trituradas. Esa medicación no fue tan eficaz como los principios de higiene que aconsejaba practicar. Pero ganó una fama de excelente médico.

Después de pasar por Lyon, Michel de Nostredame se estableció en Salon-de-Provence, donde se casó de nuevo, el 11 de noviembre de 1547, y compró una casa (convertida desde 1992 en un museo dedicado al astrólogo), en la que vivió hasta su muerte. Fuera de un viaje a Italia, se dedicó a su familia, compuesta por su esposa Anne Ponsard y sus seis hijos, y a sus actividades de médico y boticario. Como muchos de sus colegas, empezó a escribir almanaques. A partir de 1555, añadía a cada capítulo una cuarteta que anunciaba un acontecimiento notable. Ese mismo año, publicó lo que hoy llamaríamos un

best-seller, que tuvo múltiples reediciones: *Tratado de afeites y confituras*. La primera parte trataba de “diferentes formas de maquillajes y fragancias para embellecer el rostro”. La segunda mostraba “la manera de hacer confituras”. Porque antes de convertirse en el profeta de las *Centurias*, cuyos enigmas apasionan a sus lectores desde hace medio milenio, fueron otros textos los que establecieron la fama de Michel de Nostredame; entre ellos, las cuartetas de sus *Almanaques anuales*, gracias a los cuales el astrólogo fue convocado a la corte de Francia en el verano de 1555.

En esa época, el rey Enrique II aún vivía, y la reina Catalina de Médicis no era todavía la terrible regente que dominó el país durante catorce años y enfrentó ocho guerras de religión, las luchas de poder entre los Guisa y los Borbón, y las intervenciones de España e Inglaterra. Por el momento, solo era la esposa despreciada y sumisa, obligada a aceptar las migajas que le dejaba Diana de Poitiers, la influyente amante de su marido.

En el entorno de la riquísima familia florentina Médicis, de la que ella era heredera, había muchos astrólogos. Entre ellos, Luca Gaurico, astrólogo y obispo, había realizado la carta natal de la reina cuando esta era niña. Al convertirse en delfina de Francia, la florentina le pidió que consultara los astros en relación con su esposo. Luca Gaurico predijo que “el delfín llegaría sin duda al poder real, su advenimiento al trono estaría marcado por un duelo y que otro duelo pondría fin a su reinado y al mismo tiempo, a su vida”. El astrólogo obispo publicó el presagio en 1552 y le advirtió personalmente al delfín, que había subido al trono con el nombre de Enrique II, que debía evitar cualquier duelo

en un palenque al acercarse a los cuarenta años. Catalina de Médicis tenía una fe absoluta en la ciencia oculta y, además de tener a su lado al astrólogo Cosimo Ruggieri, que la había seguido desde Florencia, mantenía correspondencia con otros hombres que practicaban ese arte y solía urgirlos para que le revelaran sus oráculos.

Cuando la pareja real recibió a Michel de Nostredame, el astrólogo tenía cincuenta y tres años, y se quejó ante sus amigos por la incomodidad y el costo de un viaje tan largo, pues además sufría de gota. Enrique II y Catalina de Médicis le entregaron una suma de dinero que apenas cubría los gastos del agotador viaje a París, pero esa entrevista acrecentó la fama del astrólogo. Dos meses antes, el 4 de mayo de 1555, había publicado en Lyon la primera colección de las *Centurias* (o *Profecías*) bajo el nombre latinizado de Michel Nostradamus, firma que usaba para escribir sus almanaques. Ese conjunto de cien quartetas proféticas, que predecían el futuro hasta el año 3797, se completó con ediciones posteriores. Al publicarse, recibieron mucha menos atención que los almanaques y las predicciones que seguía redactando, incluyendo la misteriosa quarteta I, 35, que confirmaba la predicción de Luca Gaurico que anunciaba la muerte de Enrique II:

El león joven al viejo vencerá;  
en campo bélico, en duelo singular,  
en jaula de oro, sus ojos reventarán,  
dos heridas en una, de cruel muerte morirá.

El rey murió, en efecto, como consecuencia de la herida en un ojo que le infligió el joven conde de Montgomery en 1559, durante un torneo realizado para celebrar la boda de su hija con el rey de España.

Hay una constante en la interpretación de las cuartetas de las *Centurias* en el transcurso de los siglos, siempre descifradas a posteriori, hurgando en el texto las estrofas referidas a un hecho pasado. Los versos enigmáticos y sin fecha exacta, que se prestan a toda clase de suposiciones, debieron enfrentar, por otra parte, las críticas de sus contemporáneos. Sus referencias a dramas y caos eran muy populares: reflejaban el agitado clima del Renacimiento, atravesado por las guerras de religión, debilitado por las epidemias y las hambrunas, y que ponía en tela de juicio el saber medieval. Como un hombre de su tiempo, Nostradamus supo expresar las inquietudes de sus contemporáneos en profecías compuestas “con un instinto natural en un furor poético”, como dijo él mismo en su *Epístola a Enrique II*. ¿Habrán que asombrarse entonces de que muchos sigan recurriendo a esas profecías para calmar su angustia ante el porvenir? Sobre todo porque, según el autor, incluyen también los futuros milenios.

En cuanto a Catalina de Médicis, al quedar viuda, dio rienda suelta a su afición por el ocultismo. En búsqueda constante de consejos astrológicos y proféticos, se detuvo en Salon-de-Provence para consultar a Nostradamus cuando emprendió la gran gira por Francia en 1564 para restaurar la confianza en la realeza. El astrólogo profeta, envejecido y enfermo, falleció dos años después de esa visita, la noche del 2 de julio de 1566.

Del otro lado de canal de la Mancha, un personaje menos conocido, pero emblemático de la sed de saber del Renacimiento, astrólogo, alquimista, espía en ocasiones y criptógrafo, se disponía a descifrar, en una bola de cristal, el idioma que hablaban los ángeles...

